

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " " " " " " " " " " " "	1 pta. " " " " " " " " " " " " " " " "
100 " " " " " " " " " " " " " " " "	5 " " " " " " " " " " " " " " " "
500 " " " " " " " " " " " " " " " "	25 " " " " " " " " " " " " " " " "
1000 " " " " " " " " " " " " " " " "	50 " " " " " " " " " " " " " " " "

Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas. incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de
D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73
La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

El "Titanic"

Mucho se ha escrito en la Prensa durante las pasadas semanas acerca del horroroso naufragio del más hermoso navío que jamás haya surcado las aguas del Océano.

Mucho se ha escrito y muchísimo queda por escribir. Lástima que sea triste sino del periodismo olvidar sistemáticamente lo pasado, rindiendo culto irreflexivo á la diosa actualidad. La catástrofe del "Titanic" pasará bien pronto á la historia, lo cual, en el moderno lenguaje, significa que bien pronto se perderá su recuerdo.

¡Y, sin embargo, hay tanto que aprender, tanto que considerar en la tremenda catástrofe!

Ha sido una tragedia y la más espantosa de las que el mar ha presenciado en los últimos años.

Ha sido un poema, pero ¡qué poema! En solas dos horas y media se realizaron hazañas memorables, heroísmos asombrosos, episodios de trágica sublimidad, que podrían llenar varios poemas. Alguien ha dicho que "la tragedia del barco gigante supera en heroísmo y en grandeza á la Iliada". Difícil y odioso es establecer comparaciones; pero lo que se puede asegurar es que ni en la Iliada, ni en la Odisea, ni en ningún otro poema de los paganos, hay episodio que pueda compararse en grandeza y sublimidad con los episodios de valor heroico y resignación sublime que inspiró la Religión á los naufragos del "Titanic".

Honor á los héroes

Héroes, sí; tal nombre merecen la casi totalidad de las víctimas.

Esas mil seiscientas víctimas sepultadas bajo los hielos flotantes del mar de Terranova que les sirven de losas funerarias, no tendrán un Homero que perpetúe sus proezas en cantos inmortales; pero la historia sabrá tributarles el homenaje que se debe á los espíritus valerosos y abnegados, á los que cumplen con su deber, aun en los momentos más críticos de la vida, con la serenidad del mártir que marcha resignado al sacrificio.

Sería una injusticia no recordar á esos héroes anónimos, orgullo de la especie humana que tan alto ejemplo han ofrecido al mundo de sus nobles y generosos sentimientos. Y esa injusticia no se consumará. Mientras haya hombres capaces de sentir la belleza de los actos sublimes, perdurará el recuerdo glorioso de esos héroes que se llamaron

Smith, capitán del "Titanic"; Phillips, telegrafista; Hartley, director de orquesta; Astor, Strauss, Butt, Peñasco y otros cien, dignos de ser immortalizados en mármoles y bronce.

Digamos algo, muy poco, de estos héroes y mártires del deber.

El capitán Smith

En los primeros informes, incompletos é inexactos por la precipitación que fueron recogidos, se dijo que el capitán Smith se había suicidado después de echados al agua los botes de salvamento. No hubo tal suicidio. El capitán Smith, después de portarse como un valiente en aquellas difíciles circunstancias, supo morir como un héroe, sin abandonar su puesto. Su heroísmo y abnegación fueron admirables y no se desmintieron en lo más mínimo. Iba de un punto á otro con la mayor serenidad, previendo todos los peligros, dirigiendo las faenas de salvamento y animando á todos con sus palabras. "Portaos como hombres; esto es, como ingleses", repetía con el megáfono para reanimar con el sentimiento patriótico el valor de aquellos que desfallecían con el horror del siniestro. La barandilla en que estaba desaparecía bajo las aguas; una ola le arrastró, pero volvió á nado al puente para no abandonar su barco. Más tarde se le vió ayudando á los que bregaban en las aguas, olvidado de sí mismo. Permaneció en el barco, cumplió heroicamente con su deber y murió en su puesto.

Heroísmo cristiano

No es posible dejar de mencionar otros episodios á cual más conmovedores.

El millonario Astor hace sentar á su esposa en el bote salvavidas. Queda lugar todavía para otra persona.

—¿Y vos?...—Le replicó ansiosamente, viendo que no se quedaba con ella.—Yo, después del último niño y de la última mujer.

No es menos tierno el caso de los esposos Strauss, también millonarios; esos dos viejecitos que han hecho juntos la larga travesía de la vida no quieren apartarse en aquel supremo instante; en vano los marinos quieren salvar á la esposa; ella lo rehusa; juntos quieren morir, y juntos y abrazados mueren.

Nuestro compatriota el Sr. Peñasco realizó actos heroicos salvando mujeres y niños. Instó á su esposa á que se embarcara cuando, abrazada á él, no quería apartarse de su lado.

Esta fué violentamente apartada de los brazos de su esposo por el capitán y llevada al bote salvavidas. El señor

Peñasco, sonriente, tranquilo, vió partir la embarcación. Luego ya no se ocupó más que de su alma, dando pruebas de sus sentimientos católicos. ¡Qué admirables sacrificios! ¡Qué abnegación!

La consigna dada por los oficiales de salvar ante todo mujeres y niños se cumplía con todo rigor. Los fuertes se sacrificaban á los débiles; los millonarios cedían el puesto á una pobre emigrante de tercera, porque era mujer; ellos, porque eran fuertes, iban á perecer...

La oración en el mar

Pero lo más consolador que encontramos en los relatos de la catástrofe, es el testimonio unánime que nos dan de la fe y religiosidad de tripulantes y pasajeros. El coronel Gracie, que es uno de los que se salvaron, ha contado la escena que se desarrolló alrededor de un tablón á que él y varios naufragos se habían agarrado.

"Apenas pude agarrarme á aquellas tablas vacilantes y encaramarme á ellas, empecé á rezar convencido de que había llegado mi última hora, y rezando pasé toda la noche. Oigo todavía los gritos lamentables de los que nos rodeaban y á los que no podíamos recibir sin peligro de zozobrar todos. Agárrate á lo que encuentres á mano y que Dios te salve; uno más en esta tabla sería la perdición de todos. Está bien: "all righth", respondían unos; muchos nos saludaban diciéndonos: "Buena suerte y que Dios os bendiga,"

¡Más cerca de Tí, oh Señor!

¿Qué sucedía mientras tanto en el "Titanic"? Completamente iluminado ofrecía un aspecto fantástico; la proa continuaba hundiéndose; los fuegos de las máquinas ardían todavía, y en las entrañas del barco afrontaban serenos la muerte más horrible más de un centenar de hombres, firmes en su puesto. El capitán Smith habia dado orden de que la orquesta tocara aires populares para distraer en aquella hora angustiosa á los pasajeros durante las operaciones de salvamento. Y la música resonaba vibrante sobre los clamores de angustia y el rumor del mar; más de mil quinientos hombres estaban allí, en la popa del barco, silenciosos, inmóviles, serenos, esperando la muerte. El director de la orquesta, Hartley, á una indicación del capitán hace que pare un momento la orquesta, interrumpiendo una composición titulada *Otoño*, que es demasiado alegre para tales circunstancias, y un momento después la orquesta preludia un hermoso himno inglés de carácter religioso: *¡Más cerca de Tí, oh Señor!*

Entonces, todos los oficiales y pasajeros se descubren; muchos se arrodillan, y en coro sublime acompañan aquel himno con voz solemne y robusta. Las olas invaden el puente donde están reunidos...; la orquesta continúa tocando, y ellos continúan cantando y cantando mueren.

Más cerca de Ti, oh Señor: oye mis ruegos; y aunque yo desfallezca bajo la pesada cruz que me agobia, que entonces mi oración sea ésta.

Más cerca de Ti, oh Señor, más cerca de Ti.

Si el cáliz del dolor que Tú me ofreces lo rehusan temblorosos mis labios, que yo en mi desventura esté:

Más cerca de Ti, oh Señor, más cerca de Ti.

Cuando acabe el camino de la vida y yo rinda mi último suspiro y entre por el sombrío valle de la muerte, que yo entonces ya para siempre me halle:

Más cerca de Ti, oh Señor, más cerca de Ti.

Tales son algunas de las estrofas del himno compuesto por Walsham How (1864), y que fué en esta ocasión el himno y la oración de agonía de los naufragos. Había á bordo muchos católicos, entre ellos dos sacerdotes, que durante el naufragio extendían sus brazos al cielo y daban la absolución *in articulo mortis* casi de continuo, rehusando tomar lugar en las lanchas salvavidas.

El Padre nuestro

“Cuando el “Titanic” desapareció bajo las aguas—cuenta un testigo,—se levantó el clamor de voces humanas más doloroso que jamás se haya oído. Eran los gritos de cientos de vivientes luchando con el agua glacial con la esperanza de ser salvados... Esos gritos que se mezclaban con el ruido del mar, duraron casi una hora. Después, una á una, las voces se extinguieron... Todo había acabado.”

Y otro añade: “Cuando todos los ojos escudriñaban ansiosamente el horizonte, buscando en vano una luz, indicio de la proximidad de algún barco, se levantó una voz, exclamando: “¿No os parece que éste es el momento de encomendarnos á Dios?” Y la misma voz masculina empezó á interrogar en medio de la obscuridad, á los naufragos sobre su religión. “Yo soy católico”, respondió el primero. “Yo metodista”, el segundo. “Yo presbiteriano”, añadió un tercero. Y habiendo convenido en que el *Padre nuestro* era la plegaria que á todos los unía, empezaron á coro á recitarla.”

“En mi canoa—refiere uno de los salvados—pasamos aquellas largas horas rezando. Ni un solo instante dejaron de elevarse nuestras oraciones por encima de las aguas. Muchos hombres había entre nosotros que desde hacía larguísimo años no habían tenido ni un pensamiento para su Criador, y á los que súbitamente vinieron á su memoria las plegarias aprendidas en su más tierna infancia, recitándolas con fervor edificante.”

¡Eran creyentes!

Grandioso cuadro el que ofrecía aquel millar de hombres, reos de muerte, al parecer inevitable, abandonados entre el cielo y las aguas, cantando un himno religioso sobre la proa del barco naufrago y rezando á coro en las canoas que flotaban á merced de las olas.

¡Padre nuestro que estás en los cielos!

Eran creyentes, y por eso supieron portarse como héroes. Confíemos en que la Divina misericordia habrá sido

propicia á aquellos naufragos que con tanta fe y resignación clamaron al cielo en su agonía.

El Señor les haya concedido el eterno descanso!

LORVENT.

(De «El Iris de Paz»)

Lo que hace el traje

Es la moza de mi cuento, cuento para mi probable, una muchacha romántica, aunque hija de gañanes: su familia se compone de una viuda con tres pares de labor y seis retoños y tres mozos de buen saque.

Los caprichos de la niña, casi todos sobre trajes, llena gustosa la viuda, todo para que se case; que se le antoja un sombrero, ó un boá, pues á comprarle; que le pide un gran abrigo ó falda *entravée*, adelante.

Veinticinco agostos cuenta la muchacha y ya es casable, pero ni por ahí te pudras le dice en el pueblo nadie, porque dice ella que aquí no hay *poyos* con quien casarse; y aunque haya mozos que al trato ó en el campo su pan ganen, ella quiere un señorito cual corresponde á su clase, y yendo á un pueblo vecino en que por los carnavales formaron su estudiantina algunos golfos pollastres vió la niña á un mozalbete de quijotescos modales, que con mucho garbo echaba la pandereta á los aires, y muy colorada dijo, ¡ojalá me hable ese!, madre; y era el mozo un holgazán que no tenía dos reales.

S. LISO Y ESTRADA.

¡Leed, leed!

Queridos suscriptores de EL AMIGO DEL POBRE: á todos nos dirigimos hoy, porque nos es preciso, para tratar de asuntos administrativos y empezamos por testimoniar nuestro agradecimiento á los que con su puntualidad constante en los pagos tan acertadamente saben favorecernos. Suscriptores tenemos que al inscribirse abonaron por adelantado el importe de tres años y algunos otros que llevan muy por cuenta, sin necesidad de nuestros avisos que siempre cuestan, los plazos de suscripción para renovarlos convenientemente el mismo día del vencimiento. ¡Perseveren en esta demostración elocuente de su cariño é interés por la buena prensa, que para todos es un bien!

En cambio figuran en nuestras listas bastantes que se descuidan algo más de lo regular. A unas *trescientas pesetas* ascienden nuestros gastos mensuales y eso que procuramos economizar lo más posible tomando nosotros todo el trabajo de redacción y administración. De este modo los ingresos, por el número de suscriptores, supera á los gastos, pero como no todos los señores suscriptores cumplen religiosamente como es de esperar, de aquí

que cada fin de mes, al acercarse el período de pagos pasemos unas angustias que si nuestros morosos las vieran seguramente no nos abandonarían más á tales trances

El puntual cumplimiento de nuestros compromisos es para nosotros de verdadero rigor y por esto mismo sentimos pena cuando la ayuda ofrecida nos falta.

Nada menos que á nueve suscriptores (?) nos fué forzoso dar de baja el mes pasado, puesto que ni siquiera se dignaron contestar á nuestras cartas habiendo perdido con ello esta administración la cantidad de 127'50 pesetas. Uno solo de estos nueve se atrevió á devolvernos la postal que le dirigimos con esta elocuente nota: “vuelva á su procedencia” y nada más!

Si quien recibe EL AMIGO DEL POBRE, y conste que sólo se manda á quien nos los pide, no le gustara ó no pudiese continuar con él nos lo avisara en tiempo entonces ahorráramos con nuestras quejas de ocupar en el periódico un espacio que para cosas más útiles hace falta, ya que el campo no es muy extenso que digamos y además no padeceríamos de apuros pecuniarios.

Conque, señores, por caridad con la buena prensa, no nos olviden, animen nos más y mejor con las correspondientes cartas certificadas, Giros Postales y Mútuos etc. etc. que tan bien recibidas son en esta casa que no tiene cuenta corriente en ningún Banco, ni regulares reservas siquiera.

Nosotros nos hemos entregado de muy buena voluntad y gratuitamente á esta tarea de la propaganda católica ¿será cosa que además tengamos que hacer lo del sastre del Campillo?... ¡Si siquiera fuéramos ricos!...

Juan y Diego

—¡Salud y fraternidad, compañero!

—¡Adiós, Juan! ¿Dónde te metes que no te veo lo menos en dos años? ¿Has dejado el oficio?

—Estoy en Barcelona, Diego. ¿Y tú qué, con tus ideas reaccionarias aún?

—Aún, Juan, aún; hasta la fecha no he hallado de mejores.

—Si estuvieras en Cataluña como yo, no dirías eso.

—¡Hombre! ¿Qué me cuentas? Por lo que oigo, allí deben atar los perros con longanizas.

—Allí está el obrero muy bien informado de sus derechos, y los burgueses se las han de tragar como puños. Allí no hace miedo la burguesía como aquí.

—Podrá ser verdad todo eso, Juan; pero no lo es menos que hace hambre, pero mucha hambre, porque Cataluña no está en los confines del globo para no enterarnos aquí de lo que allí pasa.

—Lo cierto es, Diego, que no se puede negar que el hombre libertario es el que va á la cabeza de la civilización.

—Eso, Juan, será para dicho; probarlo ya es más difícil.

—Los clericales tenéis temor de todo; vivís cohibidos, no podéis disfrutar; el hombre debe ser libre en todos sus actos; no debe sujetarse á nada, absolutamente á nada. ¿Quiénes son los curas para imponerme leyes?

Así conversaban en medio de la calle dos obreros fundidores que habían trabajado juntos muchos años. Juan se distinguía por sus ideas radicales, al par que Diego (cosa rara en dicho oficio) había sostenido siempre con tesón su criterio católico contra viento y marea, que no es poca virtud en los tiem-

pos que corremos. Veinticinco años contaba éste á la sazón, y experto en su faena, era considerado como uno de los mejores oficiales; casado con una joven modesta, pero tan limpia y hacendosa como buena cristiana, faltábale el tiempo, apenas concluida la tarea, para ir en busca de aquel nido que en el hogar doméstico se había fabricado y donde se escuchaba con delectación las risas francas de dos hermosos y robustos niños. Juan, por el contrario, fiel á su libertario programa, miraba el matrimonio como una carga insostenible, sustituyéndole por el amor libre, que no es otro, moral y materialmente mirado, que el exterminio de la humanidad.

Diez años han transcurrido desde la entrevista que acabamos de narrar. Los hermanos de San Felipe Neri se disponen á ejercer sus prácticas de caridad en el santo hospital, como tienen de costumbre los domingos por la tarde; Diego, que desde los catorce años asiste á dicha Hermandad, ha penetrado en la sala de la Virgen de los Dolores, donde se hallan los tuberculosos; de pronto una voz débil y apagada le llama por su nombre, y cuál no sería su sorpresa al dirigirse á la cama de donde salía viendo á Juan, á su antiguo compañero de fundición, flaco, macilento y con todos los señales de una tisis galopante. Diego quedó mudo de asombro en el primer momento, pues en nada se parecía aquel esqueleto con vida que tenía delante con el fundidor Juan de quince años atrás.

—Aquí me tienes, Diego—dice aquel; —aquí estoy pagando lo que debo.

Y al mismo tiempo dos lágrimas silenciosas ruedan por aquellas huesosas y pálidas mejillas. Diego, repuesto de la dolorosa sorpresa, intenta consolar á su compañero, pero éste, esforzándose por sonreír, le dice:

—Estoy tranquilo; es muy justo que recoja lo que sembré; estaba en un error, pero me arrepiento.

Y añade:

—Me he confesado, Diego, me he confesado; ¿qué más puedo desear? ¡Qué bueno es Dios que perdona á seres como yo!

Y acercando á sus labios un crucifijo, lo besa repetidamente.

—La enhorabuena, Juan—exclama Diego por fin con insegura voz enjugándose los ojos.

Y cogiéndole una mano se la estrecha con efusión.

—Gracias—dice Juan,—gracias.

Y con voz imperceptible continúa haciendo un supremo esfuerzo.

—No me olvides en tus oraciones.

Y apretando contra su pecho el crucifijo, como si alguien intentara robárselo, dobla la cabeza y expira.

—¡Ha muerto!—dice un enfermo del lado que estaba presenciando esta escena.

Y Diego, con el alma apenada, exclama:

—¡Pobre Juan! ¡Dios le haya perdonado!

Obreros que, seducidos por los sofismas de la impiedad, pensáis ser felices dando rienda suelta á las pasiones, escarmentad en cabeza de Juan, pues aunque otra vida no existiera, debierais practicar los consejos evangélicos para alargar y dulcificar la presente.

FRANCISCO VIDAL

El hombre que niega á Dios y reniega de la religión no puede ser honrado, porque le falta la base para serlo.

Los médicos materialistas

Tan cogidas del brazo andan estas dos palabras, en concepto del vulgo, que cuesta trabajo convencer á las gentes de que los médicos no estamos huecos por dentro, es decir: que tenemos alma como los demás.

Mientras uno de mis clientes se desabrochaba para descubrir el pecho y ser auscultado, no pude menos de reirme observando la turbación y el apresuramiento con que trataba de hurtar á mi vista una cadenilla de la que colgaban varias medallas.

—¿Por qué se rió usted, doctor?—me dijo: —Porque le veo muy preocupado, ocultando lo que no puede perjudicarle en mi concepto, mientras ostenta con gran despreocupación, algo que le desacreditaría ante mí, si no le conociese bien y no fuese indulgente con las humanas frivolidades.

Se avergüenza usted de que vea que es persona piadosa y no temé pasar por supersticioso, llevando á la vista de todo el mundo, colgados en la cadena del reloj, un cerdito de coral y un trebol de cuatro hojas. Estoy en el secreto: *ca porte bonheur*, dicen los franceses, gente descreída que borra el nombre de Dios de sus monedas y espera la dicha haciéndose compañero inseparable de un cerdo.

Terminada la auscultación y receta le dije:

—Además de todo este plan, con el cual conseguirá usted vigorizar el aparato respiratorio, evitando las recidivas de su bronquitis congestiva, debe usted procurar que se vigorice su espíritu hasta el extremo de perder el miedo á lo que llamamos *respetos humanos*. Si usted no es creyente, hace mal en llevar esas medallas, pues la tradición no justifica el que las use porque las manos piadosas de su madre las hayan colgado á su cuello. Nuestros abuelos tomaban rape y abusaban del chocolate. Ninguna de estas costumbres ha podido subsistir en nosotros cuando nos convencimos de que lo primero era absurdo y lo segundo peligroso. En cambio, conservamos las buenas prácticas que nos enseñaron, porque las hemos contrastado en nuestra conciencia y estamos plenamente convencidos de que nos llevan por el camino de la verdad.

¿Por qué no tiene usted pues la necesaria firmeza para ostentar sus convicciones? ¿qué interés le mueve á disfrazarse de ateo?

—Verá usted, doctor—me dijo—como los médicos gozan fama de materialistas...

—No la gozamos—repuse—la padecemos y seguiremos padeciéndola mientras los sabios investigadores, que se quedan ciegos asomándose al ocular del microscopio, no vean más allá de sus narices. A estas eminencias científicas les ocurre lo mismo que al hijo de Amnis.

Amnis ordenó á su hijo que le alcanzase un fruto del árbol á cuya sombra descansaban: Abrelo y mira lo que tiene dentro.

—Algunos pequeños granos.

—Rompe uno de ellos, ¿qué encuentras?

—No veo nada.

—Pues hijo mío: ahí donde tú nada ves, hay un árbol muy grande.

Mientras no sepamos mirar con los ojos del alma, nada conseguiremos.

Los incesantes progresos de la ciencia—exclama un gran filósofo—poeta—no me contestan á estas preguntas: ¿Qué hace la muerte con nuestra alma? ¿Qué toma de ella ó qué le da? ¿Le presta alguna vez ojos de carne para mirar á la tierra y llorar?

Cuando los sabios (¡pobres sabios!) logren ver que sobre la gea, la flora y la fauna del mundo invisible, palpita el divino soplo del Creador, ya no se llamarán materialistas; entre tanto, continuemos rindiéndoles el justo tributo de nuestra incondicional admiración, al verles abstraídos en las subtilidades de la ciencia, haciendo tan profundas reflexiones como aquella que se describe en un epigrama que ya me hizo reír cuando iba yo á la escuela:

La calavera de un burro, miraba el doctor Pandolfo. Y emocionado exclamaba: ¡Válgame Dios, lo que somos!

JUAN LÓPEZ DE REGO

LA LLUVIA

Uno de los primeros días del pasado Abril.

En el tren y puesto en el extremo de un coche de segunda clase oigo la conversación que sostienen cinco hombres que van en el departamento del extremo opuesto.

Hablan de la cuestión del día: *no llueve*. Efectivamente tienen razón. A entrambos lados de la vía los campos están agostados; falta la vegetación propia de la primavera, y las sementeras marchitas y casi secas anuncian lo desastroso de la cosecha.

No llueve!—Había oído el mismo tema el día anterior; y hace días que es el asunto de todas las conversaciones, en los trenes, en los corrillos de los amigos, en el café, en el seno de las familias: parece que todos sienten la necesidad de que llueva.

Esto trae á mi mente una serie de reflexiones, y pierdo el hilo de la conversación abstraído en ellas.

Tienen razón las gentes para alarmarse tanto?

Al principio el *no llover* es sólo una amenaza para el agricultor, pero después, cuando la sequía dura, destruyendo cosechas y deteniendo fuentes... el carpintero espera en vano los encargos de su trabajo, porque *como no ha llovido* el parroquiano los difiere; y el albañil no es llamado para empezar sus obras, porque el propietario esperará á que llueva, y lo mismo le pasa al herrero que aguarda el trabajo de los anteriores; y al joyero, cuyas inútiles preciosidades no se adquirirán hasta que la vida esté mejor asegurada y así de todo lo demás.

En las ciudades se venden como artículo de lujo las democráticas hortalizas, y se rebaja gradualmente la calidad del pan y sube cada vez más el precio de la carne. Escaséa el agua en los depósitos particulares, y se agota en los públicos, y disminuyen de día en día los manantiales que abastecen las poblaciones, haciendo presentir lo que sería de la ciudad el día en que faltara por completo el indispensable líquido...

Así todos, todos, tienen que temer á la sequía, porque los efectos de la sequía alcanzarán á todos, y si ella se prolonga mucho, llegan á ser terriblemente horrosos.

—¡La sequía es un azote de Dios!...

Y mientras Dios amenaza á los pueblos y prepara, por decirlo así, su castigo por la sequía, los pueblos se lamentan de ella; pero al entretanto siguen ofendiéndole.

Aquí tenemos la blasfemia, la horrosa blasfemia, que va en aumento de cada día y llega á profanar los labios de la misma infancia, sin que padres, ni autoridades de ninguna clase, traten de hacer respetar el nombre de Dios; aquí tenemos la prostitución insultando en plena calle la vergüenza de las personas honradas; aquí tenemos la desmoralización de las costumbres arrancando la paz de las familias, violando la fidelidad del matrimonio, destruyendo las energías corporales y espirituales de la juventud; aquí tenemos la indecente moda provocando el pecado de los hombres y la venganza de Dios;

ahí tenemos el juego, y la embriaguez, y la envidia, y la... pero, Señor, ¿es posible que Vos sufráis por más tiempo la maldad de los hombres?

Tenéis razón de castigarnos; sois justo cuando irritado por nuestras culpas tratáis de vengaros de nosotros: así tal vez sabremos reconocer alguna vez lo que os debemos, y aprenderemos a temer vuestra justicia, ya que no sabemos agradecer vuestra misericordia ni corresponder á vuestra bondad...

Una estrepitosa carcajada me hace volver de mí arrobamiento.

La han soltado los viajeros del otro extremo del coche.

Es que en el punto álgido de la conversación, cuando más se ponderaba la pertinacia de la sequía y sus graves consecuencias, un sencillo labriego que viene con ellos se ha atrevido á decir, como buscando una solución:

—Si se hicieran rogativas para la lluvia!

Nunca dijera tal. El hombre no ha mirado con quién viaja, y no sabe que aquellos hombres no tienen fé.

—¿Cómo, rogativas? ¿Qué es eso de rogativas? le dice uno.

—¿Qué tienen que ver los curas con las nubes? objeta otro.

Los curas entenderán del fuego del infierno y del purgatorio, pero lo que es de la lluvia, ni pensarlo!, observa uno que se las dá de agudo y gracioso.

—Pues en mi pueblo, insiste el aldeano algo repuesto del primer ataque y de la primera sorpresa, en mi pueblo, cuando hay alguna calamidad pública se hacen rogativas; y cuando ha faltado la lluvia, he visto hacer rogativas.

—Porque es un pueblo atrasado! contestan á coro los demás.

—Déjate de beaterías y fanatismos,

dice luego un señor, que por lo visto debe ser muy sabio, dado el tono de magistral autoridad con que habla: déjate de todas esas zarandajas que son completamente inútiles, y sólo sirven para trastornar la cabeza.

“La ciencia” tiene establecidas sus reglas, y mientras estas reglas no se cumplan no lloverá, y si se cumplen lloverá; y esto tanto si se hacen rogativas como si no se hacen.

—Mire V. señorito; yo no conozco á doña Ciencia, ni entiendo de estas cosas; pero si esta señora tiene determinadas las reglas según las cuales ha de llover, ó no ha de llover; ¿por qué no hace que se cumplan estas reglas y que llueva antes de mañana?

Nuestro sabio queda algo atascado; pero es preciso salir del paso.

—Es que estas reglas sólo las conocen ciertos sabios que se llaman...

—Y si todo depende de estos sabios que saben las reglas que V. dice, ¿por qué no disponen que esta misma tarde se quiten los impedimentos de la lluvia, y caiga sobre nuestros campos el agua que tanto necesitamos? ¿O es que los sabios no se compadecen de nosotros?

—No, hombre, no. La ciencia tiene determinadas las leyes según las cuales se verifica la lluvia y los sabios las aprenden; pero no está en su mano hacer que llueva cuando se les antoje, ni que se verifiquen las combinaciones según las cuales ha de llover.

—Y si no pueden ésto, ¿para qué sirven esta ciencia y estos sabios que usted dice?

—Sirven para anunciar con alguna anticipación si lloverá ó no lloverá, miden si llueve mucho ó poco; examinan la temperatura del aire, la dirección y fuerza del viento...

—Pues para eso no los necesito: si llueve ó no llueve lo sé yo perfectamente; y poca falta me hacen para que pueda apreciar si llueve mucho ó poco, si hace frío ó calor, de qué parte me viene el viento; porque sé apreciarlo sin ellos.

De modo que si con todo su saber, no pueden hacer caer sobre la tierra, ni siquiera una pequeña lluvia, ni una sola gota de agua, deduzco yo que no son ellos los que han de remediarnos, y me confirmo en la idea de que llueve cuando Dios quiere, y lo que Dios quiere. No le parece, señorito?

El señorito calla.

—Y deduzco más, prosigue el labriego. Deduzco que si es Dios quien nos ha de dar lluvia, no está fuera de camino ni es ninguna rareza, el pedirselo por medio de rogativas públicas, como he dicho á ustedes lo hacen en mi pueblo...

Los viajeros ya no sueltan la carcajada.

Han pasado quince días.

Apenas terminadas las solemnidades de Pascua, y cumpliendo órdenes del señor Obispo se ha pedido la lluvia en las oraciones de la santa Misa, y en muchas iglesias tienen lugar las rogativas que deseaba nuestro labriego.

Llegamos á los días 19, 20 y 21 de Abril. Una lluvia abundante riega nuestros campos, aumenta el caudal de nuestras fuentes, y salva buena parte de nuestras cosechas...

Una vez más la justicia divina se ha rendido á la divina misericordia; y la infinita bondad de Dios ha querido confundir con nuevos favores la contumacia de los hombres.

¿Sabrán éstos aprovecharlos debidamente?

FR. JUNIPERO.

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Correspondencia administrativa

Sr. D. B. M.—S. A. de P.—Madrid.—Pagó 1912.

Sr. D. T. C.—Ciaño.—Pagó á fin Septiembre 1912.

Sra. D.ª T. P.—Ciaño.—Id. id. id. id.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.ª

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Refiere el distinguido periodista Cirici Ventallo:

¡Como está la autoridad!—Un gobernador civil demócrata, la víspera de tomar posesión de la provincia que le han adjudicado, acepta y firma letras por valor de diez mil pesetas.

Las letras son á treinta días vista y los haberes lícitos de un gobernador unas 1.500 pesetas mensuales.

Los re...ventadores del obrero.—Lerroux se construye otro palacete. No bastándole con su residencia de Barcelona y con su espléndido hotel de Madrid, en Ghetary, hermoso lugar de la costa plateada ha comprado una lujosa quinta que inaugurará este verano.

Allí fuera de España contemplando como se estrellan á los pies de su casa las olas del mar inquieto el caudillo de las revoluciones mansas descansará de sus fatigas, madurará planes que haya de desarrollar el próximo invierno y meditará respecto á la estultez de las muchedumbres radicales.

Más práctico que Mr. Fromentín el anarquista millonario no comprometerá su finca albergando en ella á los amigos que tengan el mal acuerdo de sublevarse.

Ya lo saben Emiliano Iglesias y los hombres de acción del partido radical, por si contaban con la residencia veraniega de D. Alejandro para sus fines revolucionarios.

Lerroux no admite bromas en su casa.

Lerroux, antes de meterse en el chanchullo político, representando el papel de redentor del obrero, no tenía donde caerse muerto; ahora ya lo ven ustedes.

Imp. de Lino V. Sargenis.—Gijón